

trecha, animó a sus hijos a que realizaran una acción apostólica más audaz y amplia.

*Voces relacionadas:* Albás Blanc, Dolores; Escrivá de Balaguer y Albás, Carmen; Madrid (1939-1946); Organización y gobierno del Opus Dei.

**Bibliografía:** AVP, II, *passim*.

Santiago MARTÍNEZ SÁNCHEZ

## DIOS PADRE

1. La paternidad de Dios. 2. Misericordia y Providencia de Dios. 3. La paternidad de Dios y la unidad de vida. 4. Jesús y el Padre. 5. Dios Padre en la economía de la salvación.

En san Josemaría, la percepción de la paternidad divina está inseparablemente unida, tanto en el terreno espiritual como en el teológico, a su experiencia espiritual de la filiación divina. “La vida mía –escribe en AD, 143– me ha conducido a saberme especialmente hijo de Dios, y he saboreado la alegría de meterme en el corazón de mi Padre, para rectificar, para purificarme, para servirle, para comprender y disculpar a todos, a base del amor suyo y de la humillación mía”. Dios-Padre es una de las claves imprescindibles a la hora de analizar el pensamiento de san Josemaría; su constante presencia en circunstancias tan distintas está calificada con una nota común: la alegría de meterse “en el corazón del Padre”. El lenguaje que utiliza san Josemaría para hablar de la paternidad de Dios es el usual en la tradición teológica: unas veces el término Padre es aplicado a Dios en sentido *esencial*, es decir a toda la Trinidad; otras, en sentido *nocional*, es decir, está referida exclusivamente a la Persona del Padre.

### 1. La paternidad de Dios

No es frecuente, ni en los teólogos ni en los autores espirituales, encontrar una

presencia de la paternidad de Dios y de Dios Padre tan constante y tan operativa como la que encontramos en los escritos de san Josemaría. Toda su obra está empapada de la presencia paternal de Dios, de su amor a este mundo, al hombre y a su libertad. De ahí surge, además, la claridad y la universalidad con que venera la dignidad humana por encima de razas, nacionalidades o ideologías. Él gustaba repetir “machaconamente” que “no hay más que una raza en la tierra: la raza de los hijos de Dios” (ECP, 13).

La fuerza con que la paternidad de Dios es percibida por san Josemaría lleva consigo, además, que en su predicación y en sus escritos esté también presente la fe en la Providencia divina, y que los atributos de Dios que más destaca sean la misericordia y la bondad divinas en todas sus facetas y en todas las circunstancias de la vida. Si bien, en la mayor parte de los casos, el título “Creador” es aplicado a Dios como tal (es decir, al Dios Trino), en otros casos parece referido específicamente a la Primera Persona Trinitaria, tal como confesamos en el Credo (cfr., por ejemplo, ECP, 65). De esta percepción de la paternidad de Dios brotan no sólo el gran optimismo que se respira en sus escritos, sino también las líneas fundamentales de su enseñanza espiritual y teológica.

La paternidad de Dios, incluso con esta centralidad de la que venimos hablando, aparece ya en sus primeros escritos, entre ellos, *Camino*, que refleja con una gran cercanía la vida espiritual de san Josemaría en los años inmediatamente precedentes a su publicación. Esta vida espiritual está configurada por la experiencia sobrenatural de la filiación divina. Para comprobar esto resultan de gran utilidad las anotaciones y los comentarios de Pedro Rodríguez, en su edición crítico-histórica de *Camino*, a los números en los que se habla de la paternidad de Dios y en los abundantes párrafos que cita de los *Apuntes íntimos*.

Desde estos primeros escritos, la paternidad de Dios es considerada con una entrañable ternura familiar. Así se ve especialmente cuando habla de la paternidad de Dios en los capítulos dedicados a la “infancia espiritual” y a la “vida de infancia”, aunque, como es obvio, “filiación divina” e “infancia espiritual” son dos conceptos que no se identifican. En esos números, sin embargo, se puede entrever que la experiencia de filiación que tuvo san Josemaría en su infancia estuvo siempre llena de gozo. La comparación del modo en que Dios se comporta con nosotros –como un padre lleno de delicadeza y de comprensión, sabiendo abajarse hasta nuestras capacidades como los padres saben ponerse a la altura de sus hijos pequeños– se repite con frecuencia en *Camino*, y permanece hasta sus últimos escritos con expresiones e imágenes similares.

Mons. Echevarría testifica en su *Declaración procesal*: “Por los detalles que he oído contar a nuestro fundador en relación a sus padres, y concretamente con don José, no tengo la menor duda en concluir que muchas de las reflexiones que luego escribió en *Camino*, o que utilizó en su predicación, en su conversación y en su modo de llevar a las almas a Dios, proceden del trato con su padre cuando era un niño pequeño” (CECH, p. 897, nt. 37). José Luis Illanes (cfr. ILLANES, 2008, p. 465) llama la atención sobre la frecuencia con que en *Camino* se habla de la paternidad de Dios, reforzando la expresión Padre mediante el recurso a expresiones como “tu Padre-Dios” o “nuestro Padre-Dios”, uniendo con un guión ambos sustantivos hasta hacer de ellos uno solo.

## 2. Misericordia y Providencia de Dios

San Josemaría habla de la paternidad divina subrayando fuertemente la misericordia y la bondad de Dios. Ya en sus primeros escritos encontramos afirmaciones que tienen una gran significatividad y que además forman parte de sus convicciones

más íntimas: “No temas a la Justicia de Dios. –Tan admirable y tan amable es en Dios la Justicia como la Misericordia: las dos son pruebas del Amor” (C, 431). Este pensamiento se encuentra ya plasmado por escrito en 1932. La fecha y la claridad con que lo expresa son de gran importancia, pues ambas cosas significan que nunca la Justicia divina estuvo rodeada en san Josemaría de ese halo tremenda que estaba al uso en muchos sermones de la época. Desde su juventud consideró la Justicia divina desde la definición joánica de Dios: *Dios es Amor* (1 Jn 4, 16); en Dios todas las perfecciones están inefablemente unidas, anudadas por el Amor. No es que no exista justicia en Dios; es que esa justicia es en sí misma fruto del Amor divino; ella misma tiene “entrañas de misericordia”, pues brota del Amor y lleva al Amor (cfr. C, 309). En Dios, Sabiduría, Justicia y Amor están estrechísimamente unidos.

Se trata de una convicción profunda en la que se manifiesta que la vida espiritual y el panorama teológico de san Josemaría están enraizados en la verdad de la filiación divina. De ahí que ya en *Camino* se plantee la cuestión de cómo es el “temor de Dios” alabado por la Sagrada Escritura, y que escriba: “Timor Domini sanctus”. –Santo es el temor de Dios. –Temor que es veneración del hijo para su Padre, nunca temor servil, porque tu Padre-Dios no es un tirano” (C, 435). El don de temor de Dios (cfr. Is 11, 3) está envuelto en la luz del Amor, conduciendo así hacia la veneración filial y la adoración; nunca al temor servil.

Esta consideración teológica de la paternidad divina y de su providencia abarca todos los acontecimientos de la vida incluida la muerte, como puede verse en *Camino*: “No tengas miedo a la muerte. –Acéptala desde ahora, generosamente..., cuando Dios quiera..., como Dios quiera..., donde Dios quiera. –No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más convenga..., enviada por tu Padre-

Dios. –¡Bienvenida sea nuestra hermana la muerte!” (C, 739).

La muerte tampoco escapa a la providencia amorosa de Dios. Lo mismo hay que decir del dolor tanto físico como moral del que san Josemaría tuvo sobrada experiencia: viene siempre de la mano de Dios, permitido por Él para nuestro bien. “*Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*”, escribió san Pablo (Rm 8, 28). San Josemaría solía resumir este texto en la siguiente expresión, que le servía de jaculatoria: “*Omnia in bonum!*”, todo es para bien. Los puntos que encontramos ya en *Camino* sobre el dolor son de una gran confianza en la Providencia, que no teme provocar “el escándalo de la Cruz” y, desde luego, son una reafirmación de su fe en la bondad y en la ternura de nuestro Padre Dios. Al hablar de la misericordia divina, san Josemaría recopila su meditación de los textos de la Sagrada Escritura a los que vuelve una vez y otra (cfr. ECP, 7). Nuestro Señor “resume y compendia toda esta historia de la misericordia divina” (*ibidem*). Él es sin duda el fruto de valor infinito de una misericordia infinita.

### 3. La paternidad de Dios y la unidad de vida

En la enseñanza espiritual de san Josemaría es de suma importancia el concepto de “unidad de vida”; pues bien, el nervio de esa “unidad de vida” es vivir en la presencia de Dios: “Todo el panorama de nuestra vocación cristiana, esa unidad de vida que tiene como nervio la presencia de Dios, Padre Nuestro, puede y debe ser una realidad diaria” (ECP, 11).

Vivir en la presencia de Dios se convierte así en el gozo más íntimo del cristiano. El ambiente bíblico es evidente: el gozo del buen israelita era vivir en la presencia de Dios en la tierra prometida. Se trata de hacer consciente por la fe y por la lucha ascética esta presencia gozosa, que es compañía y amor, pues Dios está a nuestro lado “como un Padre amoroso –a cada

uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos–, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando” (C, 267). Por esta razón la vida del cristiano puede describirse como vivir en la presencia del Padre, con gozo y optimismo, con fortaleza y serena esperanza, con amor.

La paternidad de Dios exige que el trato del cristiano con Dios no sea nunca un obsequio servil, ni una reverencia formal de mera cortesía, sino que está lleno de sinceridad y de confianza. La parábola del hijo pródigo es el horizonte de este pasaje: “Dios no se escandaliza de los hombres. Dios no se cansa de nuestras infidelidades. Nuestro Padre del Cielo perdona cualquier ofensa, cuando el hijo vuelve de nuevo a Él, cuando se arrepiente y pide perdón. Nuestro Señor es tan Padre, que previene nuestros deseos de ser perdonados, y se adelanta, abriéndonos los brazos con su gracia” (ECP, 64)”. Efectivamente, nadie podría volver al Padre, si el Dios de la Alianza no tomase la iniciativa de salir a su encuentro y llamarle con lo que la teología clásica califica como “gracia preveniente”. La conversión cristiana nunca se hace en solitario –Dios sale a nuestro encuentro–, ni es humillante para el hombre: tiene el alegre sabor de la vuelta “hacia la casa del Padre” (cfr. ECP, 64).

### 4. Jesús y el Padre

La bondad del Padre para con los hombres se manifiesta, sobre todo, en el hecho de haber enviado a su Hijo para que el hombre no perezca, sino que tenga vida eterna (cfr. Jn 3, 16). San Josemaría se atiene en esto a los datos elementales de la Sagrada Escritura, que le conmueven profundamente. Jesucristo es la gran misericordia de Dios para con los hombres. La Navidad es “el momento escogido por Dios para manifestar por entero su amor a los hombres, entregándonos a su propio Hijo” (ECP, 22).

Aquí, como es lógico, cuanto san Josemaría dice sobre la paternidad de Dios se concentra en la Persona del Padre, de quien procede toda otra paternidad en el cielo y en la tierra (cfr. Ef 3, 15). La perspectiva para hablar de la paternidad del Padre es esencialmente cristológica. San Josemaría considera la Persona del Padre desde la perspectiva de Nuestro Señor Jesucristo: desde su *Abbá*, desde su sumisión y obediencia, desde su confianza filial.

Encontramos en san Josemaría frases sencillas, pero de una gran trascendencia, sobre la unión entre el Padre y Jesús durante su vida terrena, sobre todo, si se tienen presentes las diversas variantes de la teología de la cruz (cfr. MATEO-SECO, 1992, pp. 419-438). La paternidad del Padre abraza amorosamente a Jesús en todos los momentos de su vida, especialmente en el momento de su muerte. El cariño de Dios Padre ha rodeado la misión de Jesús “de una solicitud llena de ternura: *Filius meus es tu, ego hodie genui te. Postula a me et dabo tibi gentes hereditatem tuam* (Sal 2, 7-8): Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy. Pide, y te daré las gentes como heredad” (ECP, 62). La aplicación a la realidad vital de cristiano es inmediata: “El cristiano que –siguiendo a Cristo– vive en esa actitud de completa adoración al Padre, recibe también del Señor palabras de amorosa solicitud: *Porque espera en mí, lo libraré; lo protegeré, porque conoce mi nombre* (Sal 90 [Vg 89], 14)” (*ibidem*).

San Josemaría enseña a contemplar al Padre desde el Corazón de Cristo. Tiene en primer plano que es Cristo quien nos ha revelado cómo es el Padre, quien con su oración filial nos ha enseñado a llamar a Dios Padre nuestro, quien con su obediencia rendida nos ha enseñado a cumplir la Voluntad del Padre: “Jesús es el Camino, el Mediador; en Él, todo; fuera de Él, nada. En Cristo, enseñados por Él, nos atrevemos a llamar *Padre Nuestro* al Todopoderoso” (ECP, 91). Jesús “es el Camino –no hay otro– para acercarse al Padre” (AD, 25).

En su oración, Nuestro Señor nos ha dejado entrever su intimidad con el Padre, y esta oración es una enseñanza definitiva sobre cómo hemos de orar y cómo hemos de tratar a Dios (cfr. F, 71). El tema aparece con frecuencia en las *Homilias*. “Todos hemos de hablar la misma lengua, la que nos enseña nuestro Padre que está en los cielos: la lengua del diálogo de Jesús con su Padre, la lengua que se habla con el corazón y con la cabeza, la que empleáis ahora vosotros en vuestra oración” (ECP, 13).

El seguimiento de Cristo implica participar de su espíritu filial. San Josemaría, siguiendo a san Pablo en pasajes que cita con frecuencia (Rm 8, 15 y Ga 4, 6), anima a todos a sumarse al *Abbá* de Jesús (cfr. ECP, 64, 118, 135, 136, 183). Como las plegarias en las celebraciones litúrgicas, toda nuestra vida ha de estar dirigida al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. Nuestra percepción de la paternidad de Dios es obra del Espíritu Santo: “Al actuar el Paráclito en nosotros, confirma lo que Cristo nos anunciaba: que somos hijos de Dios; que no hemos recibido *el espíritu de servidumbre para obrar todavía por temor, sino el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba, ¡Padre!* (Rm 8, 15)” (ECP, 118).

La unión de Cristo con el Padre –y su obediencia rendida– aparece ya en el número 213 de *Camino*: “Jesús sufre por cumplir la Voluntad del Padre”. A lo largo de toda su obra se irá explicitando cada vez más que este sufrimiento salvador, como comenta Pedro Rodríguez a este número: “sólo se comprende desde el Amor del Padre, porque el Padre no es un tirano que hace sufrir a su Hijo, sino que entrega al Hijo de su Amor lleno de la misericordia que tiene al hombre” (CECH, p. 435). En este sentido, san Josemaría recoge los dos aspectos fundamentales de la teología de la cruz: el tremendo dolor, lo que la Carta a los Hebreos 12, 2 llama la “ignominia de la cruz”, y la consideración de la cruz gloriosa en la que Cristo extiende majestuosa-

mente sus brazos “con gesto de sacerdote eterno” (cfr. SR, Quinto Misterio Doloroso). Llama la atención la frecuencia e intensidad con que san Josemaría, mirando a Cristo e impulsando a imitarle, alude a la identificación de Cristo con la Voluntad del Padre (por ejemplo, VC, I Estación, 1; II Estación; IV Estación; IX Estación).

La consideración de que Jesús revela el amor del Padre al hombre es muy frecuente en san Josemaría: “el amor de Jesús a los hombres es un aspecto insondable del misterio divino, del amor del Hijo al Padre y al Espíritu Santo (...) el Amor, en el seno de la Trinidad, se derrama sobre todos los hombres por el Amor del Corazón de Jesús” (ECP, 169).

## 5. Dios Padre en la economía de la salvación

San Josemaría se refiere con frecuencia a la acción trinitaria en la economía de la salvación, a la que presenta en una síntesis que recuerda las conocidas formulaciones que tanto amaba san Ireneo: todo es iniciativa del Padre de las misericordias; todo procede de Él a través del Hijo en el Espíritu Santo, y todo vuelve a Él por la Redención del Hijo y la santificación del Espíritu Santo (cfr. *Epideixis*, 7). He aquí un párrafo típico: “El Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres (...). Es un Padre que ama a sus hijos hasta el extremo de enviar al Verbo, Segunda Persona de la Trinidad Santísima, para que, encarnándose, muera por nosotros y nos redima. El mismo Padre amoroso que ahora nos atrae suavemente hacia Él, mediante la acción del Espíritu Santo que habita en nuestros corazones” (ECP, 84).

La iniciativa del Padre es presentada aquí en su actuación en el momento presente: el Padre nos está atrayendo *ahora* hacia Sí mediante la acción del Espíritu Santo que habita en el alma; esta inhabilitación es consecuencia de la misión que el Espíritu Santo recibe del Padre y del Hijo.

La historia de la salvación se remite a la iniciativa del Padre como a su fuente, en todo momento, también ahora, cuando la acción del Espíritu Santo nos conduce hacia el Padre.

Algunas veces, san Josemaría se refiere a este hecho con la expresión “corriente trinitaria de amor por los hombres. En este tiempo de peregrinaje, la Eucaristía “perpetúa de manera sublime” esa corriente de amor hacia los hombres (cfr. ECP, 85). San Josemaría, que en su predicación gusta detenerse en las razones de amor que movieron a Cristo a instituir la Eucaristía, subraya también que la presencia eucarística de Cristo es fruto del amor trinitario y, en última instancia, iniciativa del Padre. Buen ejemplo de esto es el final de la oración litúrgica que ha permanecido inalterada desde los primeros años de la vida de la Iglesia: la oración se dirige al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo (cfr. ECP, 85). Lo mismo sucede al hablar de la santa Misa: “En la Misa, la plegaria al Padre se hace constante”. Y un poco más adelante: “Toda la Trinidad está presente en el sacrificio del Altar. Por voluntad del Padre, cooperando el Espíritu Santo, el Hijo se ofrece en oblación redentora” (ECP, 86).

Como una consecuencia de todo esto, también el apostolado consiste en llevar a los hombres a Dios Padre por medio de Jesucristo con la fuerza del Espíritu Santo: “El trabajo profesional es también apostolado, ocasión de entrega a los demás hombres, para revelarles a Cristo y llevarles hacia Dios Padre, consecuencia de la caridad que el Espíritu Santo derrama en las almas” (ECP, 49).

*Voces relacionadas:* Filiación divina; Piedad; Trinidad Santísima.

**Bibliografía:** Antonio ARANDA, “Llamados a ser hijos del Padre. Aproximación teológica a la noción de filiación divina adoptiva”, en José Luis ILLANES (dir.), *El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo*, Pamplona, EUNSA, 2000, pp. 251-

272; Id., “Experiencia cristiana y sentido de la filiación divina en San Josemaría Escrivá de Balaguer”, *PATH*, 7 (2008), pp. 461-475; Lucas Francisco MATEO-SECO, *Teología Trinitaria. Dios Padre*, Madrid, Rialp, 2003; Id., “*Sapientia Crucis*. El misterio de la Cruz en los escritos de Josemaría Escrivá de Balaguer”, *ScrTh*, 24 (1992), pp. 419-438; Fernando OCÁRIZ BRAÑA, *Hijos de Dios en Cristo. Introducción a una teología de la participación sobrenatural*, Pamplona, EUNSA, 1972; Id., *Naturaleza, gracia y gloria*, Pamplona, EUNSA, 2000.

Lucas Francisco MATEO-SECO

## DIRECCIÓN ESPIRITUAL

1. En la Iglesia como familia de los hijos de Dios en Cristo. 2. Hacia la santidad. 3. Libertad y responsabilidad.

Por dirección espiritual cabe entender el conjunto de ayudas que los fieles reciben en su camino hacia la santidad cristiana. Entre sus muchas modalidades, una se puede llamar colectiva, cuando la ejercen el Papa y los demás obispos mediante cartas pastorales, exhortaciones, homilías, etc., y los sacerdotes cuando predicán la Palabra de Dios. La acepción más corriente es, sin embargo, la de dirección espiritual personal, que es aquella que se imparte de modo individual, de persona a persona, con orientaciones y consejos. San Josemaría la ejerció durante años y con todo tipo de gente. Dedicó al tema el segundo capítulo de *Camino*, y vuelve sobre él al hablar de la sinceridad y de otras virtudes (cfr. AD, 15-17, 50-88). En bastantes ocasiones, al tratar del tema, se refiere a la misión del Opus Dei, que ofrece “fundamentalmente, una dirección espiritual a sus fieles y a las demás personas que la piden” (ECHEVARRÍA, *Carta pastoral*, 2-X-2011, n. 15). A la vez, desarrolla ideas sugerentes para la comprensión de la dirección espiritual en toda la Iglesia.

San Josemaría ve en quien ejerce una dirección espiritual personal un “instru-

mento” de Dios, que es quien da el crecimiento (cfr. 1 Co 3,7-9). Es el Espíritu Santo, quien “ha de santificar” (C, 57): “el modelo es Jesucristo; el modelador, el Espíritu Santo, por medio de la gracia” (*Carta 8-VIII-1956*, n. 37: AGP, serie A.3, 94-1-2). La terminología “acompañamiento espiritual”, que se difundió en el siglo XX, refleja esa primacía de la gracia, aunque san Josemaría siguió usando el término tradicional. Hay que dejar “a la gracia de Dios y al Director que hagan su obra” para que aparezca “la imagen de Jesús, en que se convierte el hombre santo” (C, 56). Esa gracia es una participación en la vida de Jesucristo, que en la Eucaristía “nos hace *cor unum et anima una* (Hch 4, 32), un sólo corazón y una sola alma; y nos convierte en familia, en Iglesia” (CONV, 123).

San Josemaría entiende la dirección espiritual en el marco de la Iglesia como familia de los hijos de Dios, desde la perspectiva de la llamada universal a la santidad. Entre sus características esenciales está la de fomentar la libertad y la responsabilidad personales, en vista al crecimiento auténtico de la personalidad.

### 1. En la Iglesia como familia de los hijos de Dios en Cristo

La consideración de la Iglesia como familia es una de las claves de interpretación de la doctrina de san Josemaría sobre la dirección espiritual personal de las almas y entraña algunas consecuencias nacidas de su experiencia. Siendo joven sacerdote, desarrollaba una actividad pastoral centrada en la atención de los primeros fieles del Opus Dei y de la juventud en general: eran charlas y conversaciones de dirección espiritual, fuera de la confesión. Designaba estas charlas como “confidencia” y comentaba que habían nacido espontáneamente, sin esfuerzo, “con la naturalidad con que mana una fuente”. En este ambiente de fraternidad cristiana, de familia, queriendo a las personas con el proverbial corazón de padre y de madre

## **Aviso de Copyright**

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.